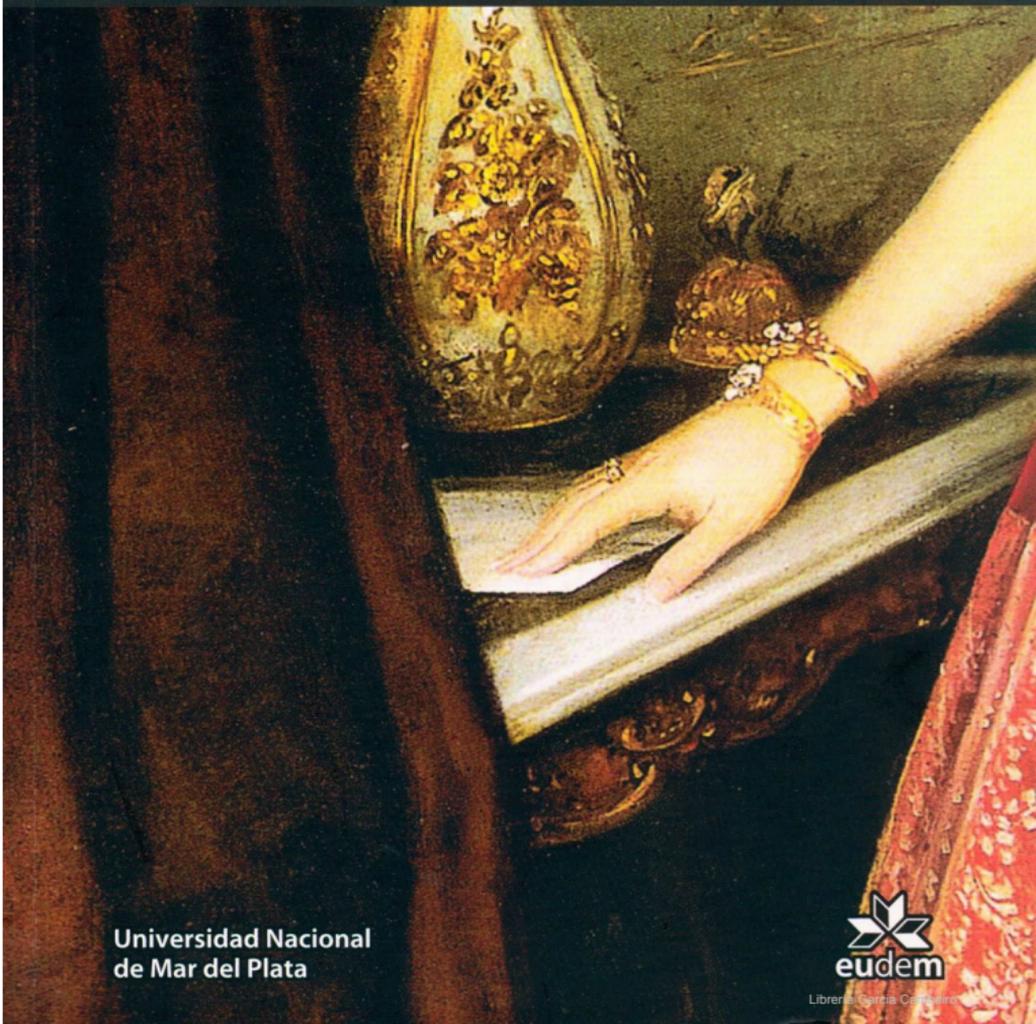


Rosalía Baltar

# Letrados en tiempos de Rosas



Universidad Nacional  
de Mar del Plata

  
eudem

Librería García Ceballos



## Rosalía Baltar

Doctora en Letras, docente e investigadora de la UNMdP. Ha editado una antología crítica de “El Zonda” de Sarmiento (2001), coeditado con María Coira y Carola Hermida “Escenas interrumpidas de la literatura argentina” (2006), “Escenas interrumpidas II. Imágenes del fracaso, utopías y mitos de origen en la literatura nacional” (2012) y, con Carlos Hudson, “Figuraciones del siglo XIX. Libros, escenarios y miradas” (2007).

Actualmente es co-directora del grupo de investigación “Estudios de Teoría Literaria” (CELEHIS-UNMDP) y directora de la revista digital Estudios de Teoría Literaria. Revista digital de arte/letras/humanidades.

Cuando se dice *el siglo*, es lo mismo que si dijésemos los deseos, las esperanzas, las necesidades, las ideas, los sentimientos de la humanidad actual. En este sentido, *siglo* es una palabra sintética, esto es, una palabra compuesta, que expresa todas las facetas de una civilización: de suerte que decir *el siglo*, es hablar una metonimia, que vale tanto como si se dijese *la humanidad* presente, esto es, lo que la humanidad quiere y hace.

*Domingo Faustino Sarmiento, San Juan, 1839*

Hacia finales de 1829, con la asunción del cargo de Gobernador de la provincia de Buenos Aires por parte de Juan Manuel de Rosas, aparecen factores de cambio y transformación que, una vez consolidados, configuran el perfil de un período fundacional en la concepción de la cultura argentina, en la conformación de sus posteriores derroteros políticos, y en la tan extensa como inagotable y aún no cerrada discusión crítico-historiográfica en torno a las intenciones, los proyectos, las problemáticas del período y sus núcleos de continuidades de las tradiciones previas –la colonial, la religiosa, las perspectivas neoclásicas.

En 1829, entonces, Rosas es gobernador de Buenos Aires y también, alrededor de esos años, la joven generación romántica abandona el claustro estudiantil –cuyo recordado maestro fuera Diego Alcorta– para constituir el Salón Literario.

Los jóvenes del '37 toman contacto con ideas europeas, entre otras cosas, porque otro joven, Esteban Echeverría, ha regresado de París y se convierte en el guía de todos ellos. Los jóvenes románticos dijeron y se dijeron a sí mismos que “la vida” comenzó con Mayo y quisieron creer que con ellos también se iniciaba una cultura en el desierto. Sin embargo, hay bullicio en Buenos Aires, antes y durante la aparición de *Los consuelos* o del más tardío *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Actúan, en el medio cultural, hombres de letras y profesionales que algunos años antes habían llegado a estas tierras seducidos por el proyecto de Rivadavia de hacer del Plata un Parnaso rioplatense – Pedro de Angelis, Carlo Zucchi, Ottavio Mossotti–, algunos unitarios de la vieja escuela neoclásica –Florencio Varela o su hermano Juan Cruz–, periodistas, viajeros y agentes extranjeros que defendían los fundamentos e intereses de las naciones de las que eran súbditos –Thomas Love, Parish y los viajeros franceses e ingleses examinados por Adolfo Prieto– y, por supuesto, frailes, curas, eclesiásticos de toda laya. Todos ellos compartían un mismo espacio geográfico e incluso coincidían en opiniones y posturas que la historiografía canónica, de Mitre en adelante, se ocupó de disimular. Como nos lo dice Fernand Braudel, “El espacio, fuente de explicación, hace intervenir a la vez a todas las realidades de la historia, todas las partes importantes de la extensión: los Estados, las sociedades, las culturas, las economías” (6). Es decir, este opaco Río de la Plata era una especie de corazón que, quizás no como Amberes o Venecia en tiempos de ricos mercaderes, tenía su ritmo cultural en ciernes por el que distintos grupos de *letrados* se disputaban los ámbitos de la escritura y de la palabra. No deja de ser, por cierto, un espacio *imaginado* como centro futuro de este territorio finisterre:

Esta franja central, que dominaba las entradas del vasto sistema fluvial del Plata, llegó a ser, para los argentinos que desde mitad del siglo XIX se acostumbraron a creer que la geografía imponía derroteros a la historia, el núcleo “natural” del territorio y de la nacionalidad (Halperin Donghi, 1976: 13–14).

Es ese lugar imaginariamente tanpreciado en el que conviven por cierto tiempo distintos tipos de letrados y en los capítulos que siguen nos ocuparemos de algunos de los menos conocidos, obliterados tal vez por la historia oficial, y especialmente, en nuestro campo, por el creador de nuestra literatura, Ricardo Rojas.

La lectura de la *Historia de la literatura argentina* me sugirió la pregunta inicial porque, al llegar al período de que me ocupo en estas líneas el tomo de Rojas se llama “Los proscritos”. La literatura nacional había corrido su escenario: sus actores y tramoyistas estaban *fuera*, y las escenas representaban el desierto de la palabra del *lado de acá*; sólo quedaba alojado lo peor, aquella labilidad de la prensa adicta al régimen, y nada más. Entonces pensé en la posibilidad de que hubiera algo distinto de este lado. Y por eso me encontré con lo que aquí ofrezco, epistolarios, periódicos, colecciones y polémicas que, en su conjunto, nos muestran el mundo en el que los románticos iniciaron esta literatura tan nuestra, con su día y hora de parto señalados. Me encontré con quienes llamo de manera provisoria o, como dice Borges, por comodidad narrativa, con el *letrado rivadaviano*, con el *letrado rosista* y con el *letrado romántico*. Estas nomenclaturas son, amén de irrelevantes, un poco riesgosas, pero lo que quiero mostrar es que aquellos proscritos que tan bien conocemos, tuvieron relación, interactuaron con otros, cuyas motivaciones, intereses y formaciones diferían de las de ellos, aunque también hubo señales compartidas. Lo cierto es que la lectura de estos textos sugiere, ciertamente, la existencia de un campo en ciernes y por cuyo dominio y control se lucha, se debate, se pelea y en el que se establecen alianzas, pactos y concesiones y que posibilita vislumbrar la época de Rosas no sólo como una gran charca de sangre sino como un cuadro en el que prima la perspectiva, el rasgo, el punto de vista, la luz, la densidad y el matiz.

¿Qué examino de todo esto? En primer lugar, a través del epistolario del ingeniero arquitecto Carlo Zucchi, busco analizar cómo era la formación de aquellos tipógrafos, botánicos, historiadores, astrónomos, arquitectos, agitadores políticos que llegaron y se instalaron, contratados o no, en Buenos Aires o

Montevideo, queriendo cumplir sueños de honor, tranquilidad económica, desarrollo profesional hacia finales de la década del veinte; qué imágenes tenían de América, qué opinión se formaron a partir de sus propias (y dolorosas) experiencias y qué concepción del arte estaban pensando, un arte en tanto “oficio” útil, bello y digno de generar una reputación. Ellos son mis letrados *rivadavianos*: milaneses, napolitanos, reggianos, genoveses, hombres de mundo y artesanos de raigambre neoclásica cuyas actuaciones han sido pensadas a partir del descubrimiento del archivo Zucchi, hacia finales de los años 90 del siglo XX. De todos ellos, doy, en un segundo capítulo del libro, un primer plano. Se trata del polígrafo napolitano Pedro de Angelis, un hombre de letras con modales y tonos del *Ancien régime* y cuyas palabras y empresas ponen en juego la tensión y la adecuación entre unas convicciones y una formación neoclásicas, por una parte, y la maduración profesional en medio de un mundo exótico, faccioso, iletrado, por la otra. Leo parte de la apasionante producción de Pedro de Angelis, el letrado más relevante del período rosista. Allí, periódicos, correspondencias y colecciones expresan la presencia de un *autor* que convive, siempre incómodo, entre dos culturas, dos formaciones, dos pasiones. Su producción historiográfica y periodística se muestra como un ejemplo paradigmático del letrado bibliógrafo, coleccionista y americanista, al que denomino *letrado rosista*. A través de la *Colección*, de Angelis ejecuta una visión del poder, un diseño de territorio “argentino” y una valoración de la historia y la geografía como aportes al mundo de las letras y sostén del presente político, que podríamos considerar de factura neoclásica en un punto, pero también, al calor de la convivencia con el rosismo, refractaria a las nuevas corrientes románticas y encontrada con un pasado próximo al antiguo régimen.

Por último, examino dos polémicas en la arena misma del *Matadero*. En primer lugar, advierto que la escritura de Pedro de Angelis y la del letrado *romántico*, paradigmáticamente Esteban Echeverría, se entrelazan en esta historia de dos ciudades. Me ha gustado pensar que el desencuentro de sus voces airadas, en polémica, en verdad revela lo mucho que tenían en común las

palabras de los rosistas y de los románticos: esa sangre que mana de sus heridas orgullosas es la apelación a ciertos valores culturales compartidos. Y allí, en la escena de la *guerra de papeles*, nace uno de nuestros modos de la crítica. Se trata, en efecto, de la polémica epistolar resonante, abierta y destemplada entre Echeverría y Pedro de Angelis, la que puede mostrarnos las estrategias discursivas en común de construcción del yo y los otros, por un lado, y la figuración del editor, escritor, publicista, por el otro.

Pero, desde luego, no todo lo polémico es entre dos bandos y se desarrolla explícitamente. Cuánto de susurros encontrados habría entre los periodistas de Rosas, cuánto de soterrada disidencia se habrá urdido en las lecturas y escrituras de los románticos. Lo sabemos: el mundo dividido irreconciliablemente y la unidad absoluta entre los miembros de cada facción son figuras anquilosadas que se imponen como espejos esmerilados entre los lectores del presente y aquel pasado. Por ello, leo dos biografías de Juan Manuel de Rosas, ambas publicadas en 1830, en tanto polémica político-literaria: sus autores, dos letrados rosistas (Pedro de Angelis y Luis Pérez), desatan una disputa velada, encubierta, en el seno del sector federal, e intentan posicionarse frente al poder de aquel, nuestro mítico caudillo.

El siglo XIX en la literatura nacional es, todavía, un espacio para ser revisado. Vuelvo sobre él y encuentro las figuras de quienes leyeron y escribieron como prácticas que más tarde se convertirían en profesionales, como instancias de una cultura compleja y rica a la vez. Los capítulos que siguen son un intento por comprender alguna parte de esas figuraciones de letrado que dieron forma a una cultura y a una sensibilidad.

# Letrados en tiempos de Rosas

Rosalía Baltar

¿Cómo veríamos la sociedad rioplatense si fuéramos un letrado que trabajó para el rey de Nápoles y un arquitecto formado en las bellas artes en Milán que, forzosamente exiliados, llegan a estas tierras en los tiempos de Rivadavia y Rosas? ¿Cómo sería conceptualizado Rosas por casi un cortesano con una mirada naturalizada sobre el ejercicio del poder? ¿Cómo no iba a sufrir el arquitecto ante un territorio tan inabarcable como incomprensible y por momentos hostiles los hombres que lo habitaban y gobernaban? ¿Cómo se habrá sentido Esteban Echeverría, el autor de las cuatro pinceladas que conmovieron la sensibilidad iniciática de nuestra literatura, al ser criticado, interpelado, por las voces de estos hombres, sus contemporáneos? ¿Qué es ser un artista o, mejor, un autor en aquellos años de incertidumbre política y sociabilidad incipiente? Éstos y otros planteos aparecen en este libro, en el que Rosalía Baltar procura estudiar aspectos de la cultura letrada y de los hombres de letras en el Río de la Plata, a través de su correspondencia, pública y privada, sus emprendimientos editoriales, sus polémicas, en la época de Rosas, que aún no cesa de generar interrogantes y abonar interpretaciones.

*María Coira*

ISBN 978-987-1371-93-8



9 789871 137193



UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE MAR DEL PLATA

  
eudem

Librería García Cambeiro